

Jesus poderoso en obras (Mt 8-9)

I. El problema de los milagros

José L. Sicre

El Sermón del Monte ha expuesto el poder de Jesús en sus palabras, provocando la admiración de la multitud y el seguimiento¹. En los dos capítulos siguientes indica Mt que Jesús también es el Mesías poderoso en sus obras. Para ello ofrece una serie de diez milagros que manifiestan su poder absoluto en todos los terrenos: enfermedad (lepra, parálisis, fiebre, flujo de sangre, ceguera, mudéz), naturaleza (calma la tempestad), demonio (lo expulsa de la región de los gadarenos), pecado (lo perdona), muerte (resucita a la hija de un personaje). Sin embargo, mientras en el Sermón del Monte no conocemos la reacción del auditorio hasta el final, aquí iremos encontrando diversas reacciones de los presentes ante la persona de Jesús, desde la fe más profunda y el seguimiento hasta el rechazo sistemático.

Un comentario habitual al evangelio de Mt no exigiría tratar el tema de los milagros. Es algo que pertenece al ámbito de la Teología Fundamental y de la Cristología. Pero, dado el enfoque de estos artículos, conviene recordar algunas ideas, aunque sean muy sencillas. Lo hago «con temor y temblor». González Faus escribió un libro de 214 págs. sobre el tema², y Vargas Machuca le hizo una durísima crítica por «la superficialidad y la falta de información, verdaderamente llamativa»³. Quien desee completar estas ideas puede leer el libro de

¹ Este artículo es continuación de los publicados anteriormente sobre el Evangelio de san Mateo. Sobre el Sermón del Monte, véanse los números 163, 164, 165 y 166.

² J.I. González Faus, *Clamor del reino. Estudio sobre los milagros de Jesús*. Ed. Sígueme, Salamanca 1982.

³ Véase la recensión en "Estudios Eclesiásticos" 58 (1983) 227-230.

Alfons Weiser, *¿A qué llama milagro la Biblia? Sobre las narraciones milagrosas de los evangelios*, publicado por Ediciones Paulinas (Madrid 1979). Es una obra escrita con estilo ameno y muy asequible. Más denso y extenso es el trabajo de R. Latourelle, *Milagros de Jesús y teología del milagro*, Ed. Sígueme (Salamanca 1990).

Los datos y las reacciones que suscitan

Los evangelios están plagados de milagros. Encontramos:

* curaciones de todo tipo (posesión, fiebre, lepra, parálisis, tisis, ceguera, hemorragia, sordomudez, epilepsia, deformación, hidropesía, herida de espada);

* tres resurrecciones de muerto (Mc 5,35 y paralelos; Lc 7,12; Jn 11,39);

* cinco milagros de la naturaleza: Jesús camina sobre el agua (Mc 6,45-52 par.); maldice una higuera y se seca (Mc 11,12-14.20 par.); calma la tempestad (Mc 4,35-41 par.); multiplica los panes y los peces (Mc 6,34-44 par.; 8,1-9 par.); cambia el agua en vino (Jn 2,1-11);

* dos hechos, que en sí mismos no tienen por qué ser milagrosos, pero que, en el contexto, aparecen como tales: dice a Pedro que pesque un pez, y encontrará una moneda en su boca para pagar el tributo del templo (Mt 17,24-27); pesca milagrosa (Lc 5,1-11).

a) *Tres actitudes posibles*

Ante esta avalancha de milagros caben tres actitudes:

1) *la fe ingenua*: se aceptan todos, sin mayor discusión ni profundización; los cuentan los evangelios, luego son verdad; los milagros demuestran el poder y la bondad de Jesús, su divinidad.

2) *la negación*: no me refiero aquí a la postura del ateo, sino a la del «creyente incrédulo», que dice, como Tomás: «sí no lo veo, no lo creo». Cree en Dios y en su poder, pero se erige a sí mismo en criterio último de lo que es posible e imposible. El «creyente incrédulo» piensa fácilmente que todos los relatos evangélicos de milagros fueron inventados, y no se esfuerza por encontrarles un sentido.

3) *la fe responsable y crítica*: admite que muchos relatos de milagros contienen un núcleo histórico indiscutible; pero, en ciertos casos, advierte la necesidad de distinguir entre «lo que se cuenta» (p.e., Jesús calma la tempestad) y «lo que se quiere decir» (Jesús tiene un poder absoluto sobre la naturaleza). Todos los relatos tienen gran valor para la fe, aunque algunos no reflejen la realidad histórica. Esta postura crítica no se debe a falta de fe, sino a falta de credulidad. El poner en duda algún episodio o algún detalle no significa dudar de Jesús ni de la necesidad de entregarnos a El por completo.

En principio, la postura más válida parece la primera, la que refleja mayor espíritu de fe. Y la peor, la segunda. La tercera parece una componenda moderna para salir del paso.

b) Fallos de la fe ingenua

Sin embargo, las cosas no son tan sencillas. La primera postura, además de mucha fe puede significar mucha superficialidad y fácil credulidad. Cierra los ojos a datos evidentes:

* el tipo de curaciones que realiza Jesús tiene una clara componente psicológica; cuando no hay colaboración («fe») por parte del enfermo, no puede hacer nada. Dice Mc 6,5: «No pudo hacer allí ningún milagro, sólo curó a unos pocos enfermos aplicándoles la mano. Y se extrañó de aquella falta de fe». Esto ocurre sobre todo en Corozáin y Betsaida.

* A veces, un evangelista presenta de forma milagrosa lo que otros cuentan como la cosa más normal del mundo. Por ejemplo, Mt y Mc cuentan la vocación de los primeros discípulos de forma muy sencilla (Mt 4,18-22; Mc 1,16-20). Jesús pasa junto a ellos, los llama, y lo siguen. En cambio, Lc adorna este episodio con el milagro de la pesca milagrosa (Lc 5,1-11).

* Otras veces se advierte en Mt la tendencia a ampliar los milagros. Cuando Mc habla de un ciego (Mc 10,46), Mt habla de dos (Mt 20,30); Mc 5,2 de un poseso, Mt 8,28 de dos posesos.

* En esta misma línea, a veces se cuenta dos veces el mismo milagro (multiplicación de los panes).

* ¿Cómo se explica que los sinópticos (Mt, Mc, Lc) no digan nada de un milagro tan importante y decisivo como el de la resurrección de Lázaro? Es difícil imaginar que los tres se olvidasen de él. Es como si tres biógrafos de Beethoven olvidasen mencionar que era sordo, o que compuso la Novena Sinfonía. Lo mismo ocurre con el agua convertida en vino, que sólo cuenta Juan.

* ¿Cómo se explica que algunos milagros evangélicos se parezcan tanto a ciertos milagros del Antiguo Testamento? Parecen su versión corregida y mejorada.

* Los milagros no demuestran automáticamente la divinidad de Jesús, ni siquiera que sea un enviado de Dios. Los fariseos y escribas los atribuyen a que Jesús está endemoniado.

* El fallo más grave de esta postura es que no intenta profundizar en el sentido de los milagros. Se contenta con creer en ellos y no piensa en el valor que puedan tener para el momento presente.

Además, el que lo cree todo ingenuamente corre el peligro de usar su fe como un arma arrojadiza contra el incrédulo. Y esto es injusto. Olvida que un milagro supone, ante todo, un beneficio excepcional para una persona o un grupo de personas. Pero, quien no presencia el milagro, no se beneficia de nada, y encima tiene que creer algo que le resulta difícil o fantasioso. Si me dicen: «Se ha curado un ciego de nacimiento», la primera reacción es pensar que no se ha curado, o que no estaba tan ciego. Para creer en el milagro tengo que hacer un doble acto de fe: en el hecho en sí mismo, y en la veracidad del que me lo cuenta. No es cosa fácil, cuando existe tanta gente ingenua que se inventa cosas o cuenta las historias más inverosímiles.

c) Fallos de la postura incrédula

Por otra parte, el «creyente incrédulo» debería revisar su postura procurando no caer en contradicciones. El problema de fondo en los milagros es admitir el poder excepcional de una persona (en este caso, Jesús). El «creyente incrédulo» puede cometer un error semejante al de algunos antiguos cristianos de Corinto. Ellos admitían que Jesús había resucitado, pero negaban que se diese la resurrección de los muertos. El «creyente incrédulo» admite que Jesús es Hijo de Dios, pero no le reconoce el poder de realizar determinados signos.

Pero con humildad no se resuelve todo. Incluso puede ser perjudicial en ciertos casos, porque nos impediría comprender más a fondo el mensaje de los milagros.

e) Ventajas de la fe crítica

Por todo lo anterior, pienso que la postura más válida es la tercera. Acepta el hecho milagroso como posible, no se escandaliza de algo que no puede entender ni explicar. Admite el poder de Jesús para realizar obras extraordinarias. Por otra parte, usa la razón, analiza los textos, y llega a menudo a conclusiones sorprendentes sobre la historicidad de los hechos y su sentido. Ciertas personas crédulas no estarán de acuerdo con ellas; otros muchos descubren en la nueva presentación de los milagros un mensaje más profundo y cierto alivio para su fe. Para adentrarse en este terreno conviene tener unas ideas sobre los milagros en el Antiguo Testamento y en el contexto en el que surgió el Cristianismo (ámbitos judío y pagano).

Los milagros en el Antiguo Testamento

Para comprender los milagros de los Evangelios no es preciso tener en cuenta todos los hechos milagrosos que se cuentan en el Antiguo Testamento. Basta recordar algunos detalles.

Dentro del Antiguo Testamento, los milagros pueden ocurrir de dos formas: por intervención directa de Dios (o a través de un «ángel») y por mediación de un hombre. En el primer apartado podemos incluir la pretendida derrota del ejército asirio a manos del ángel del Señor (2 Re 19,35), la historia de Heliodoro (2 Mac 3,24-34), immortalizada por Rafael en la Capilla Sixtina, y otros muchos episodios. Son más abundantes los del segundo apartado, en los que Dios realiza el prodigio a través de un hombre: Moisés, Samuel, Elías, Eliseo, Isaías...

De estos intermediarios humanos, hay tres de especial relevancia: Moisés, Elías y Eliseo. Moisés está vinculado a la liberación de Egipto y la marcha por el desierto, con todos los portentos conocidos (plagas contra el faraón, paso del Mar de las Cañas, maná, agua que brota de la roca, etc.). Elías multiplica la harina y el aceite de una viuda, resucita al hijo de ésta, hace bajar fuego del cielo y dispone del rayo contra sus enemigos (ver 1 Re 17-18; 2 Re 1). Eliseo, aunque sea discípulo de Elías, supera a su maestro en poder milagroso, orientado generalmente a ayudar a la gente pobre: sana el agua de Jericó, hace que llueva, multiplica el aceite de una viuda para que pueda pagar sus deudas, anuncia a una mujer estéril que dará a luz un hijo, y resucita más tarde a este niño, multiplica el pan que le regalan para sus discípulos, cura de la lepra a Naamán, el general sirio, recupera milagrosamente un hacha caída al río Jordán, etc. (2 Re 2-13).

Muchos de estos milagros serán capitales para comprender la presentación de Jesús en los evangelios. Los evangelistas quieren dejar claro que Jesús es infinitamente superior a Moisés, Elías, Eliseo. Su poder es mayor, y de orden distinto. Para expresarlo, tienen que contar cosas parecidas, pero con matices distintos. Más adelante lo veremos.

Por otra parte, comparando los milagros del Antiguo Testamento con los de los evangelios se advierte una diferencia importante con respecto a las curaciones de enfermos y endemoniados. En el AT son poco frecuentes las curaciones de enfermos. Sólo recuerdo los casos de lepra de María y Naamán. Nunca se habla de cojos, paralíticos, mudos, ciegos (el caso de Tobit se presenta más como recurso a una medicina prodigiosa que como milagro). En realidad, los milagros del AT tienen sobre todo un sentido comunitario, los hace Dios en beneficio de todo el pueblo. Y, cuando entra en juego la suerte de algunos individuos, lo que atrae la atención de los narradores es el fenómeno de su supervivencia (milagros relacionados con la alimentación de viudas, huérfanos y pobres) y de la victoria sobre la muerte. Este detalle será también interesante para valorar la actividad de Jesús.

Pero estos datos del Antiguo Testamento no bastan para comprender los relatos evangélicos. Hay que conocer otros del mundo entorno, tanto judío como pagano.

Los milagros en el mundo judío

El mundo judío tiene interés por tres aspectos: nos pone en contacto con otros personajes a los que se atribuyen milagros; nos da una pista para entender mejor los relatos sobre expulsiones de demonios y curaciones; y nos hace caer en la cuenta de que, muchas veces, lo importante no es lo que se cuenta, sino lo que se quiere decir.

Los obradores de milagros

Geza Vermes es un personaje interesante. Judío de origen húngaro, se convirtió al catolicismo y fue ordenado sacerdote. Más tarde, volvió a su antiguo fe judía. Como científico, su aportación más duradera será probablemente la edición actualizada de la monumental obra de Emil Schürer, *Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús*. Este gran conocedor de la época intertestamentaria y de Qumrán no ha perdido su interés por Jesús. En su obra *Jesús el judío*, que él mismo reconoce que debe ser completada con otros aspectos, lo presenta en la línea de otros grandes obradores de milagros judíos de aquel tiempo: Joni y Janina ben Dosa⁴.

A Joni (siglo I a.C.) le decía Simeón ben Setá, un rabino importante contemporáneo suyo: «Te comportas con Dios como un inoportuno, y él cumple tu voluntad, como un niño que importuna a su padre, y éste le satisface su deseo». No lo decía en tono de reproche, sino para subrayar amablemente el poder que su oración tenía ante Dios. Ese poder se centraba en la lluvia. Cuenta Flavio Josefo que «en cierta oportunidad, con motivo de una sequía, rogó a Dios que mitigara los calores y Dios lo escuchó enviando lluvias»⁵. La Misná cuenta el milagro de forma más detallada:

«Ocurrió una vez que dijeron a Onías [nombre griego de Joni] que orara para que descendiesen las lluvias. Les dijo que salieran y metieran dentro las estufas de pascua [hechas de barro] para que no se deshicieran por el agua. Oró, pero no descendieron las lluvias. ¿Qué hizo? Trazó un círculo, se colocó en el centro y dijo ante él: «Señor del universo, tus hijos se han dirigido a mí ya que soy como un hijo de casa ante ti. Juro por tu gran nombre que no me moveré de aquí hasta que no descienda la lluvia». Comenzaron entonces a caer unas gotas. Exclamó: «No he pedido esto, sino la lluvia que llena las cisternas, las fosas y las grutas». Comenzó luego a llover con furia. Exclamó: «No es esto lo que pedí, sino lluvia benévola, de bendición, de generosidad». Descendieron las lluvias con moderación (pero

⁴ Los textos pertinentes resultan más asequibles en el interesante librito de H. Cousin, *Relatos de milagros en los textos judíos y paganos* (Documentos en torno a la Biblia 17. Verbo Divino, Estella 1989), de donde tomaré todas las citas que siguen.

⁵ *Antiquitates Iudeorum* XIV, II,1.

continuadamente), de modo que los israelitas tuvieron que salir de Jerusalén al monte del templo a causa de la lluvia. Se le acercaron y le dijeron: «Del mismo modo que oraste para que descendieran las lluvias, ora ahora para que cesen»⁶.

El otro gran obrador de milagros, Janina ben Dosa, es galileo, como Jesús, y contemporáneo suyo, aunque más joven (entre los años 20–70, según unos; entre 40–90, según otros). La lluvia vuelve a ocupar un papel importante en alguno de sus milagros. Cuenta el Talmud que «iba por un camino llevando una espuerta de sal; se puso a llover. Se dirigió a Dios: «Soberano del universo, en estos momentos todo el mundo está contento, menos Janina». Cesó la lluvia. Una vez en casa, dijo: «Todo el mundo está apurado, menos Janina». Y entonces volvió a llover»⁷.

Por eso, siglos más tarde, el rabí José (muerto el 333) decía que la oración de Janina era muy superior a la del Sumo Sacerdote. Esta oración suya la solía hacer por los enfermos, con efectos curativos a veces. Así ocurre con el hijo de Gamaliel y con el de Johánán ben Zakay⁸. En otra ocasión, avisado de que una serpiente peligrosa mordía a la gente, fue al agujero del animal y puso su talón en él; cuando la serpiente salió, mordió el talón, y murió en el acto [la serpiente, no Janina]. Desde entonces corrió la frase: «¡Ay del hombre que se tropieza con una serpiente! ¡Pero ay de la serpiente que se encuentra con Janina ben Dosa!»⁹. También se cuenta de él su poder sobre los demonios¹⁰ y otra serie de milagros que ocurren en beneficio de su familia: a su mujer, el horno se le llena de panes y el barreño de masa; su hija, por error, echa en la lámpara vinagre en vez de aceite, pero Janina consigue que el vinagre arda. A una vecina, que está construyendo una casa, pero las vigas son demasiado cortas, le concede que se alarguen un codo por cada lado.

Joni y Janina no son los únicos casos de obradores de milagros que conoce la tradición judía. Del Rabí Judá (hacia el año 150) se cuenta que «cuando se quitaba uno de sus zapatos [para rezar], la lluvia empezaba a caer»¹¹. Mar bar Rabina (hacia el año 400) «un día estaba en valle de Avarot y sintió una ardiente sed. Entonces se produjo un milagro en favor suyo y brotó espontáneamente una fuente para que pudiera beber. Otra vez, se estaba paseando por los alrededores de Mehoza y fue atacado por un camello rabioso. Entonces se levantó ante él una

⁶ Tratado *Ta'anit* 3,8,

⁷ *Ta'anit* 24a

⁸ Talmud, *Berakot* 34b.

⁹ *Berakot* 33b.

¹⁰ Talmud, *Pesajim* 112b–113a.

¹¹ *Berakot* 20a.

pared y pudo guarecerse detrás de ella»¹². Y a esta lista podríamos añadir otros muchos nombres.

Comparando estos relatos judíos con los evangélicos se advierten tres diferencias notables. En primer lugar, conceden gran importancia al tema de la lluvia, cosa que falta por completo en los evangelios. En segundo lugar, son muy frecuentes los milagros realizados en beneficio del protagonista, cosa que tampoco ocurre en los evangelios. En tercer lugar, siguiendo la tradición del Antiguo Testamento, tienen muy poca importancia las curaciones de enfermos, que en los evangelios son capitales.

b) Salomón, el «hijo de David» terapeuta

Los milagros de los «santos» judíos dejan sin aclararnos dos aspectos capitales de la actividad de Jesús: la expulsión de demonios y la curación de enfermos. Ambos hechos están muy relacionados, ya que se suponía que eran los demonios los que encadenaban a los hombres con las enfermedades. Sin embargo, hay una pista interesante para enfocar este tema.

Cuando Mc cuenta la curación del ciego Bartimeo pone en su boca, y por dos veces, estas palabras: «Hijo de David, ten compasión de mí» (Mc 10,47.48). Nosotros podemos pensar que el «Hijo de David», el «Mesías», es lógico que tenga poder para curar a un ciego. Sin embargo, en tiempos de Jesús nadie pensaba que el Mesías se dedicase a realizar curaciones. Los grupos que esperaban su venida (p.e., los fariseos, los esenios de Qumrán), lo veían como un rey que liberaría a su pueblo del yugo extranjero y de los malos gobernantes, no como un médico prodigioso.

Pero el evangelio de Mt recoge esa misma idea, y en nueve ocasiones llama a Jesús «Hijo de David», relacionando en cinco casos ese título con la curación de enfermedades (Mt 9,27; 12,23; 15,22; 20,30.31). Aunque «Hijo de David» sea una forma normal de referirse al Mesías, también sugiere espontáneamente el nombre de Salomón, el más famoso de sus hijos. Y aunque en la tradición bíblica Salomón sólo es famoso por su sabiduría y su riqueza, en siglos posteriores se le atribuyó un poder especial sobre los demonios, con las curaciones consiguientes. El poder sobre los malos espíritus le venía de su padre, David. De él se cuenta que «cuando el mal espíritu atacaba a Saúl, David tomaba el arpa y tocaba; Saúl se sentía aliviado y se le pasaba el ataque del mal espíritu» (1 Sm 16,23). No extraña que un documento de Qumrán diga que «compuso cuatro cantos para cantar sobre los poseídos»¹³. Y las *Antigüedades bíblicas* del

¹² Berakot 54a.

¹³ 1QSalmos^a col. XXVII, 9–10. Sigo la nomenclatura de F. García Martínez en su edición y traducción de *Textos de Qumrán*, Madrid 1992.

Pseudo-Filón incluyen en el capítulo 60 «el salmo que cantaba para Saúl a fin de ahuyentar de él al mal espíritu». Al final de ese salmo dice David a los demonios: «de mis lomos nacerá luego el que os subyugará»¹⁴.

Efectivamente, en la tradición judía, el gran dominador de los demonios será Salomón, gracias a su sabiduría. Flavio Josefo afirma: «Dios le concedió también el conocimiento de las artes antidemoníacas para beneficio y curación de los hombres. Compuso ensalmos para el alivio de enfermedades y legó diversos exorcismos, gracias a los cuales los poseidos pueden expulsar los demonios de forma que nunca más retornen»¹⁵. Y sigue contando que un tal Eleazar, judío, delante del emperador Vespasiano, curó a poseidos del demonio de esta forma: ponía en la nariz del poseído un anillo que tenía bajo su sello una de las raíces prescritas por Salomón; cuando el enfermo la olía, el demonio salía por sus narices; y cuando el enfermo caía por tierra, Eleazar conjuraba al demonio para que no volviese a entrar en él, pronunciando el nombre de Salomón y recitando los encantamientos que el rey había compuesto. Esta fama de Salomón como exorcista se extiende entre los cristianos, y encontrará su expresión culminante en una obra de los siglos II-III de nuestra era, el *Testamento de Salomón*¹⁶.

c) Los milagros, una forma de expresar el misterio

Además de ponernos en contacto con los personajes anteriores, los relatos judíos tienen el interés de ayudarnos a distinguir entre lo que se cuenta y lo que quiere decir. Lo que se cuenta puede ser invención del autor; lo importante es lo que se quiere decir a través de esa ficción. Esta postura desconcierta al lector moderno, pero es fácil justificarla con un ejemplo.

Cuando Jesús está en la cruz, cuenta el evangelio que «toda aquella tierra quedó en tinieblas hasta la tarde» (Mc 15,33). Y, cuando muere, «la cortina del santuario se rasgó en dos, de arriba abajo» (Mc 15,38). El evangelio de Mt añade que «la tierra tembló, las rocas se rajaron, las tumbas se abrieron y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron» (Mt.27,51-53). Estos prodigios resultan desconcertantes al lector moderno. Pero entran en la lógica de los

¹⁴ Las *Antigüedades bíblicas* del Pseudo Filón han sido traducidas por A. de la Fuente Adánez en el tomo II de los *Apócrifos del Antiguo Testamento*, editados por A. Díez Macho, (Cristiandad, Madrid 1982).

¹⁵ *Antiquitates Iudeorum* 8,2,5 (44).

¹⁶ Traducción de A. Piñero en *Apócrifos del Antiguo Testamento*, Tomo V, Cristiandad, Madrid 1987. La relación de Salomón con los exorcismos y su interés para la aplicación a Jesús del título "Hijo de David" lo ha expuesto, entre otros, D. C. Duling, *Solomon, Exorcism, and the Son of David*: Harvard Theological Review 68 (1975) 235-252; Id., *The Therapeutic Son of David: An Element in Matthew's Christological Apologetic*: New Testament Studies 24 (1978) 392-410.

antiguos judíos. Léase con atención el texto siguiente, tomado del Talmud de Jerusalén:

«Al morir Rabí Aha, se vieron estrellas en pleno mediodía. Al morir rabí Hanan, las estatuas se doblaron. Al morir rabí Yohanan, las imágenes pintadas se doblaron... Al morir rabí Janini de Berato Horón, el lago de Tiberíades se dividió... Al morir rabí Isaac ben Eliasib, se derrumbaron setenta dinteles de casas que se bamboleaban en Galilea; se dice que habían resistido hasta entonces por el mérito de aquel rabino. Al morir rabí Samuel ben Isaac, fueron arrancados los cedros de la Tierra santa... durante tres horas, truenos y relámpagos surcaron la tierra, en testimonio de la buena conducta del anciano... Al morir rabí Yassa ben Halafta, los arroyos de Laodicea se llenaron de sangre; se dice que era una alusión a que aquel rabino había arriesgado su vida por cumplir el precepto de la circuncisión. Al morir rabí Abahu, lloraron las columnas de Cesarea»¹⁷.

La idea de fondo es clara. Cuando muere un personaje importante, que ha tenido especial relación con Dios, siempre ocurre algún portento. En este contexto cultural, resulta evidente que los evangelistas no pueden contar la muerte de Jesús sin añadir algún detalle prodigioso que signifique la importancia de su persona y simbolice la trascendencia de su obra. En todos estos casos, lo importante no es lo que se cuenta (pura ficción), sino lo que se quiere dar a entender (la especial relación de ese hombre con Dios).

No se piense por esto que el ambiente era de absoluta credulidad en los milagros. Curiosamente, se admitía que todos esos personajes habían realizado tales prodigios en el pasado, pero se advertía el fuerte contraste con el presente. El rabí Pappa (s.IV d.C.) preguntaba a su maestro Abayé: «¿Por qué eran posibles los milagros en los tiempos antiguos y no lo son en nuestra época?» Y la respuesta de Abayé nos parece una escapatoria fácil: «Porque los antiguos estaban dispuestos a sacrificar su vida por santificar el Nombre de Dios, mientras que nosotros no estamos dispuestos a tal sacrificio». En cualquier caso, se constata la diferencia entre los tiempos antiguos y los actuales.

Los milagros en el mundo pagano

Si el mundo judío admite con naturalidad el milagro y lo considera un hecho normal en la vida de los grandes personajes religiosos, lo mismo ocurre en el ambiente pagano. El libro de H. Cousin citado anteriormente contiene numerosos ejemplos.

¹⁷ Tratado *Abodá Zará* 3,1.

Tres estelas del santuario de Esculapio encontradas en 1883 narran setenta milagros: siete casos de oftalmía; cuatro de embarazo inesperado; dos casos de parto después de 5 y de 3 años de embarazo; cuatro casos de parálisis; tres curaciones de cojos; tres casos de tenia intestinal; dos casos de heridas por lanza; dos casos de úlcera; dos casos de absceso purulento; dos casos de litiasis; dos casos de marcas en la frente; una serie de casos aislados: afasia, envenenamiento, pérdida de cabellos, hidropesía, infección de pulgas, dolor de cabeza, tisis, gota, reparación de una copa rota, hallazgo de un niño perdido. Se trata esencialmente de curaciones.

Es también interesante la idea de que algunos reyes tienen poderes milagrosos. Plutarco, en su *Vida de Pirro*, rey de Epiro (+ 272 a.C.) cuenta lo siguiente:

«Se creía que Pirro curaba las enfermedades del bazo sacrificando un gallo blanco, haciendo dormir a los enfermos de espaldas y apretándoles suavemente esa víscera con el pie derecho. No había nadie, por pobre o de baja condición que fuese, que no obtuviera de él, si se lo pedía, esta curación. Recibía como paga el gallo del sacrificio, y este regalo le era muy agradable. Se dice que el dedo gordo de su pie tenía una virtud divina, hasta el punto de que, después de su muerte, una vez quemado enteramente su cuerpo, se observó que aquel dedo no había sufrido las llamas y que estaba intacto»¹⁸.

Y Suetonio cuenta de Vespasiano, que reinó del 69 al 79 de nuestra era:

«Dos hombres del pueblo, uno ciego y otro con una pierna enferma, fueron a buscarle al mismo tiempo, mientras estaba sentado en el tribunal, y le rogaron que hiciera para curarlos lo que Serapis les había indicado en sueños: devolvería al ciego el uso de sus ojos si los mojaba con su saliva, y a la pierna enferma su vigor si se dignaba tocarla con su pie. Como era difícil de creer que esta curación tuviera ninguna oportunidad de resultar, Vespasiano no se atrevía a intentarlo; pero, finalmente, ante las exhortaciones de sus amigos, intentó públicamente ante la asamblea esta doble experiencia, y el éxito la coronó»¹⁹.

El relato que ofrece Tácito de este mismo hecho es mucho más crítico²⁰, pero deja también clara esa fe popular en el poder curativo del emperador.

Pero, durante los orígenes y expansión del Cristianismo, el gran obrador de milagros es Apolonio de Tiana, que murió hacia el año 98 de nuestra era. Filóstrato escribió hacia el 127 su *Vida de Apolonio de Tiana*, que se prestó a un debate continuo entre los adversarios y los partidarios de Cristo. En ella se

¹⁸ *Vida de Pirro*, 3,7-9.

¹⁹ *Vidas. Vespasiano*, VII.

²⁰ Véase *Historias*, IV, LXXXI.

cuentan veinte milagros²¹, que Agustín George clasifica así: un relato de resurrección, cinco relatos de curaciones, cuatro relatos de liberación de personas sometidas a la acción de los demonios, un relato de género mixto (la peste en Efeso), seis observaciones muy breves que manifiestan el poder de Apolonio sobre la naturaleza inanimada. Ya que estos relatos no pudieron influir en la redacción de los evangelios, por ser bastante posteriores a ellos, podemos omitir más detalles. Pero dejan clara la convicción reinante en el mundo antiguo de que los milagros eran posibles.

Naturalmente, no faltaban voces críticas. Ya en el siglo II a.C., el historiador Polibio se rebelaba contra una serie de pretendidos portentos muy difundidos en ciertos ámbitos. Por ejemplo, que la estatua de Artemis, que se encontraba al aire libre, nunca se mojaba de nieve ni de lluvia. O que hay cuerpos que, expuestos a la luz, no proyectan ninguna sombra, como los visitantes del santuario de Zeus en Arcadia. Para Polibio, «cuando se trata de cosas que contribuyen a fomentar la piedad popular en los dioses, los historiadores pueden tener cierta excusa al referir milagros o leyendas de este tipo, pero no es admisible que se pasen de la medida. Quizá sea difícil poner un límite en las cosas, pero no es imposible. Por eso, según creo, hay que perdonar los errores ligeros y las pequeñas mentiras, pero no hay que tolerar los excesos en esta materia»²².

En esta línea crítica, es curiosa la actitud de Filón, un filósofo judío de Alejandría, totalmente contemporáneo de Jesús (del 15 a.C. al 45 d.C.) y hombre de profunda fe. En su *Vida de Moisés* cuando cuenta el milagro de la roca que mana agua, lo racionaliza, procurando hacerlo aceptable para los paganos:

«Movido por una inspiración divina, Moisés golpea la roca de duras aristas. Y la roca se hiende en un punto determinado, hasta una vena que, o bien contenía ya agua, o bien la recibió entonces por primera vez, por canales invisibles. Este agua afluye en masa y brota con fuerza, la roca se abre bajo la violencia de la corriente y derrama las aguas como una fuente, de forma que no sólo ofrece para aquel instante un remedio a su sed, sino que por largo tiempo tienen agua abundante todos aquellos millares de hombres...» (I,210s).

La presentación evangélica de los milagros

Tampoco en ambientes populares falta el espíritu crítico y la negación del milagro. Lo demuestra la reacción de los habitantes de Nazaret, Corozain, Betsaida y Cafarnaún frente a Jesús (ver Mt 11,20-24). A veces exageramos al

²¹ Véase C. PADILLA, *Los milagros de la «Vida de Apolonio de Tiana». Morfología del relato de milagro y géneros afines*, Córdoba 1991.

²² *Historias* XVI, 12.

hablar de la credulidad de los ambientes populares. Pero, en conjunto, los evangelios no se escriben para un ambiente crítico ni racionalista. Muchos de sus lectores aceptan los milagros con sencillez y naturalidad. Y los evangelistas van a aprovechar este hecho para llevar a cabo la difícil tarea de explicarnos quién es Jesús. Esto no significa que todos sus relatos sean pura invención. La presentación evangélica de los milagros podríamos resumirla en estos puntos.

1. Jesús realizó curaciones, y debieron de ser numerosas. La conclusión de J. Jeremías me parece válida: «Por consiguiente, aun aplicando normas rigurosamente críticas a las historias de milagros, vemos que siempre queda un núcleo que puede captarse históricamente. Jesús realizó curaciones que fueron asombrosas para sus contemporáneos. Se trata principalmente de la curación de padecimientos psicógenos, principalmente de las que los textos califican de «expulsiones de demonios», realizadas por Jesús con una breve orden, pero se trata también de la curación de leprosos (en el sentido amplio en que entonces se entendía esta palabra), de paralíticos y de ciegos. Se trata de acontecimientos que están en la línea de lo que la medicina llama «terapia de superación»²³.

2. Jesús no interpretaba sus milagros como simples manifestaciones de su poder y de su amor a los enfermos. El texto más revelador es el de Mt 11,20–24 (con paralelo en Lc 10,13–15): «¡Ay de ti, Corozáin; ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que en vosotras, hace tiempo que habrían hecho penitencia, cubiertas de sayal y ceniza». La idea se aplica luego a Cafarnaún. Aunque este texto falte en Mc, no hay motivos para dudar de que refleje el pensamiento de Jesús. Los milagros, sus curaciones, son una invitación al arrepentimiento, tema central de su mensaje: «Arrepentíos, que el Reino de los Cielos está cerca» (Mt 4,17). Existe estrecha relación entre las curaciones y la predicación del Reino de Dios. Las curaciones son signo de ese mundo futuro y deben preparar a los hombres a aceptarlo. En el debate con los fariseos sobre la expulsión de los demonios, Jesús lo afirma tajantemente: «Si yo echo los demonios con el Espíritu de Dios, señal que el reinado de Dios os ha dado alcance» (Mt 12,28).

3. Los evangelistas, siguiendo el pensamiento de Jesús, interpretaron las curaciones como algo más que simples portentos. Limitándonos a Mt, ofrece dos claves muy importantes. Ante todo, las presenta como una forma de identificarse Jesús con el sufrimiento humano, citando Is 53,5: «El tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades». En segundo lugar, sintetizando toda la actividad de Jesús en los capítulos 8–9, donde tienen tanta importancia las curaciones, dice que éstas son «las obras que hacía el Mesías» (Mt 11,2). La idea

²³ *Teología del Nuevo Testamento*, 115.

de que el Mesías curase a los enfermos era extraña²⁴; por eso, Juan Bautista se siente desconcertado y manda preguntar si es Jesús «el que tenía que venir, o deben esperar a otro» (Mt 11,2-3). Sin embargo, Mt ve en esas obras el comienzo de la era mesiánica, citando en parte Is 35,5-6: «Los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena nueva». Con esto, Mt da un sentido nuevo al texto de Isaías. El capítulo 35 de Isaías no habla de enfermos en sentido estricto. Para infundir esperanza a sus lectores, el profeta/poeta les dice, entre otras cosas:

«Se despegarán los ojos del ciego, los oídos del sordo se abrirán,
saltará como un ciervo el cojo, la lengua del mudo cantará» (Is 35,5-6).

Tenemos cuatro tipos de enfermos: ciegos, sordos, cojos, mudos. Pero el texto no habla de personas reales. Para el autor, son metáfora del cambio prodigioso que se operará en el futuro, imagen del mundo ideal. Sin embargo, lo que era promesa poética, Mt lo ve hecho realidad en Jesús.

Por otra parte, las citas del Antiguo Testamento (Is 53,5 y 35,5-6) aportan un complemento esencial: todo lo que ocurre no son hechos aislados (como los milagros de Janina o Joni), sino cumplimiento de las antiguas promesas; están en estrecha relación con las esperanzas formuladas en el pasado.

4. Si Jesús es superior a Moisés y a cualquier otro personaje del Antiguo Testamento, su forma de actuar también debe superarlos por completo. Por eso, Jesús no necesita invocar a Dios para hacer un milagro. Moisés, para alimentar al pueblo en el desierto con el maná, necesita que Dios haga el prodigio; él por sí solo es impotente. Para que su hermana María quede curada de la lepra también tiene que interceder ante Dios, que es quien la curará. Elías y Eliseo, para resucitar a los niños muertos, tendrán que encomendarse a Dios y pedirle que intervenga. Así en todos los otros casos. El caso de Jesús es totalmente

²⁴ A lo sumo podría aducirse un texto de Qumrán que habla sobre lo que ocurrirá en los tiempos del mesías: "El Señor observará a los piadosos, (...) y sobre los pobres posará su espíritu (...), librando a los prisioneros, dando la vista a los ciegos, enderezando a los torcidos (...) pues curará a los malheridos, y a los muertos los hará vivir, anunciará buenas noticias a los humildes, colmará a los indigentes, conducirá a los expulsados, y a los hambrientos los enriquecerá..." (4Q Sobre la Resurrección [4Q521], Frag. 2 col. II). Pero adviértanse dos detalles: a) el texto debe ser interpretado poéticamente, igual que las citas de Isaías en las que se basa, de la que hablaremos enseguida; b) quien da la vista, endereza a los torcidos, cura a los malheridos, no es el Mesías, sino Dios.

distinto. Nunca invoca al Padre pidiendo su intervención. El tiene poder sobre la muerte y la enfermedad.

Otra forma de exaltar el poder de Jesús es suprimir el complejo ritual de curación que a veces encontramos en el Antiguo Testamento. Para resucitar al niño, Elías debe llevárselo a su habitación, acostarlo, tenderse tres veces sobre él. Eliseo, con el mismo fin, se echa sobre el niño, «boca con boca, ojos con ojos, manos con manos, encogido sobre él», hasta que la carne del niño fue entrando en calor. Los relatos de las resurrecciones realizadas por Jesús no contienen nada de esto.

5. Para expresar el misterio de Jesús, no basta hablar de curaciones. Jesús no es sólo superior a Moisés. Es radicalmente distinto de Moisés. Su poder se extiende a todos los ámbitos: la naturaleza, los demonios, el pecado. Es difícil formular esta fe en Jesús. Los evangelistas no recurren a conceptos abstractos, como harán más tarde los concilios («Dios de Dios, luz de luz, engendrado no creado, de la misma naturaleza del Padre...»). Recurren al lenguaje simbólico, más profundo y comprensible que el conceptual. Creo que en este ámbito es donde desempeñan un papel capital los milagros sobre la naturaleza (tempestad calmada, Jesús caminando sobre el agua, etc.), que iremos comentando. A diferencia de las tradiciones judías de milagros, que conceden tanto interés al de la lluvia, de Jesús no se cuenta ningún caso parecido.

6. A diferencia de otras tradiciones judías y paganas, Jesús nunca realiza portentos en beneficio propio. El episodio de las tentaciones es programático en este sentido. Cuando pasa hambre, y Satanás lo tienta invitándolo a convertir las piedras en pan, la respuesta de Jesús es tajante: «No sólo de pan vive el hombre». Es una clara decisión de nunca usar su poder en beneficio propio. Lo mismo ocurre en la cruz, cuando vuelven a tentarlo diciéndole: «Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz». Y en esta línea se inserta su negativa cuando le dicen: «Maestro, queremos ver una señal tuya personal» (Mt 12,38); la única señal que ofrece es la de Jonás, la señal de la debilidad y la muerte. Ni un solo relato evangélico se orienta en la línea de algunos de los de Janina ben Dosa o en la de los «milagros» de Vespasiano.

Lo anterior no debe provocar en nosotros una actitud de sospecha frente a los evangelios, sino una forma distinta de leerlos, donde lo principal no es el hecho prodigioso, sino lo que ese relato me enseña a propósito de la persona de Jesús, de su obra, y de nuestra relación con El. Con estos presupuestos, estamos más preparados para adentrarnos en la lectura de los capítulos 8-9 del primer evangelio.

José Luis Sicre